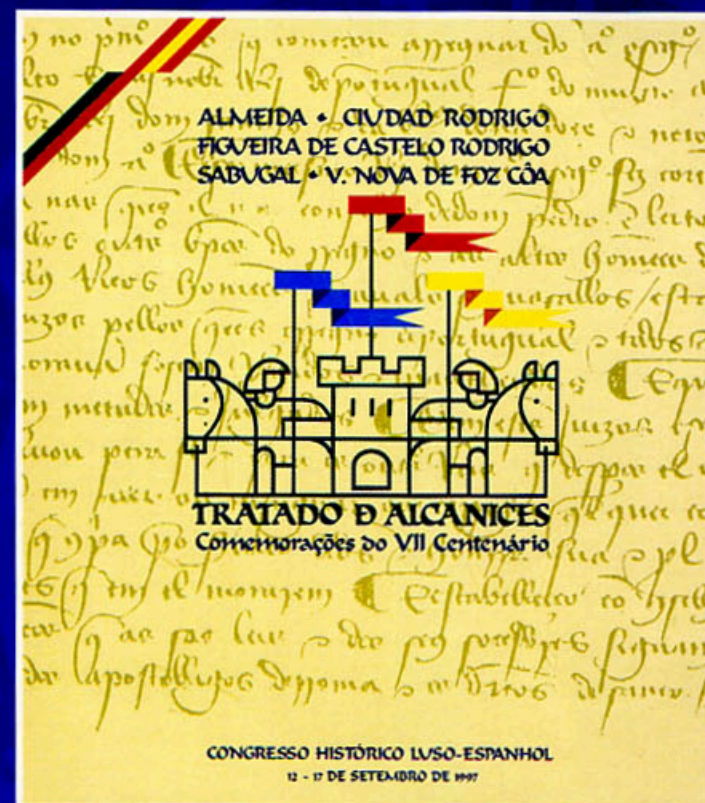


Nos finais do século XIII o Tratado de Alcanices estabeleceu os limites entre os reinos de Leão e Castela e o reino de Portugal e dos Algarves. Uma dessas fronteiras (das mais antigas da Europa) é a de Riba Côa que, ao longo do tempo, foi não só delimitação dos territórios pertencentes a cada reino, mas também ponto de união.

O presente livro, reunindo o conjunto de intervenções proferidas durante o Congresso comemorativo do 7.º Centenário do Tratado, aborda não só uma questão decisiva na história da formação de Portugal, como a importância histórica que para a sua independência sempre tiveram as terras de Riba Côa.

O TRATADO DE ALCANICES E A IMPORTÂNCIA HISTÓRICA DAS TERRAS DE RIBA CÔA



O TRATADO DE ALCANICES

E A IMPORTÂNCIA HISTÓRICA DAS TERRAS DE RIBA CÔA

ACTAS DO
CONGRESSO HISTÓRICO LUSO-ESPAÑHOL
12-17 DE SETEMBRO DE 1997

Índice

Abertura do Congresso	
D. José da Cruz Policarpo.....	7
O Tratado de Alcanices, Guerra, Cultura, Diplomacia	9
O Tratado de Alcanices visto de Espanha	
Prof. Dr. Miguel-Angel Ladero Quesada	11
O Tratado de Alcanices visto de Portugal	
Prof. Dr. Joaquim Veríssimo Serrão	31
O Tratado de Alcanices à Luz da Diplomacia	
Prof. Dr. Humberto Baquero Moreno	41
Importância de Riba Côa para a Consolidação e Segurança de Portugal	
General Manuel Themudo Barata	53
Riba Côa, Antes da Formação do Reino de Portugal	61
A Arte Rupestre de Foz Côa - Importância Científica e Perspectivas	
Drs. Mário Varela Gomes e António Martinho Baptista	63
La Protohistoria de Riba-Coa	
Prof. Dr. Martín Almagro-Gorbea	81
A Cidade Romana e a Diocese de Calábria	
D. José da Cruz Policarpo	107
Riba Coa en el Periodo Visigodo	
Prof. Dr. Luis A. García Moreno	115
En torno a Riba Coa y al-Andalus	
Prof. ^a Dr. ^a María-Jesús Viguera Molins	131
Riba Côa, nos Primórdios do Reino de Portugal	153
El Proceso de Ocupación y de Ordenación del Espacio en la Raya Leonesa	
Prof. Dr. A. Angel Barrios García.....	155

San Julián del Pereiro, entre Calatrava y Alcántara	185
Prof. Dr. José-Luis Martín	
Os Municípios Medievais em Riba Côa	
dos Inícios do Século XIII a 1297	
Prof. Dr. José Artur Anes Duarte Nogueira	197
Os Municípios Dionisinos nos Finais do Século XIII	
Prof. Dr. José Marques	211
Riba Côa em Cortes (SÉC. XV)	
Prof.ª Dr.ª Maria Helena da Cruz Coelho	233
Os Castelos Medievais de Riba Côa	
Ten. Cor. António Lopes Pires Nunes	247
Fronteira e Sociedade Raiana: Riba Côa	
nos Finais da Idade Média	
Dr. Rui Cunha Martins	259
Riba Côa, das Guerras da Nacionalidade às Guerras da	
Restauração.....	269
Judeus e Cristãos-Novos: O Ante e Pós Baptismo	
nas Terras de Riba Côa e Arredores	
Prof.ª Dr.ª Maria José Ferro Tavares	271
Cristianos Nuevos en la Raya de Portugal	
Prof.ª Dr.ª Pilar Huerga Criado	285
Escolares de las Diócesis de Guarda y Lamego	
en Salamanca durante la Baja Edad Media (s. XII - XV)	
Prof. Dr. Antonio García y García	303
Castelos de Alcanices - Fortalezas da Restauração	
Cor. Francisco Sousa Lobo	315
Castelo Rodrigo nas Guerras da Restauração	
Prof.ª Dr.ª M.ª Rosário Themudo Barata	331
Riba Côa, nas Guerras e no Liberalismo Peninsulares	355
Côa-Prólogo de Uma Invasão Improvisada	
Prof. Dr. António Pedro Vicente	357
Las Guerras Peninsulares en Salamanca	
Prof.ª Dr.ª M.ª Victoria López-Cordón Cortezo	389
La Consolidación del Liberalismo	
en la Provincia de Salamanca	
Prof. Dr. Antonio Morales Moya	407
Conclusões do Congresso	
Prof. Dr. Manuel Braga da Cruz	419

LA PROTOHISTORIA DE RIBA-COA

PROFESSOR DOUTOR MARTÍN ALMAGRO-GORBEA
Universidade Complutense de Madrid

“La Protohistoria de Riba-Coa” es un tema que ofrece claros y sombras, por tratarse de una región de la que es poco lo que se sabe, al menos en relación con otras áreas de la Península Ibérica. No obstante, conviene resaltar el interés de estas tierras por constituir una zona fronteriza entre el interior meseteño y las regiones portuguesas de la fachada atlántica, por lo que constituyen una zona de contacto esencial para comprender los intercambios de influjos y los procesos históricos y étno-culturales del Occidente Peninsular, región en la que debe considerarse englobada.

Pero, además, no es menos atractiva la Protohistoria de Riba-Coa por cuanto de estas tierras tenemos menos información que de otras regiones próximas (Senna-Martínez 1993; id. 1995; Vilarça 1995), tanto en la Antigüedad como en las investigaciones arqueológicas actuales, dado su carácter marginal respecto a otras áreas circundantes más abiertas a contactos externos y al desarrollo consiguiente. Pero este problema aumenta su interés, al constituir una de las “islas culturales” que ofrece la Península Ibérica, como el País Vasco, La Cerdaña, la Serranía de Albarracín, los Picos de Europa o el interior de Galicia, regiones de particular atractivo para el protohistoriador pues en ellas se reconocen, como fosilizados, restos de antiguos substratos culturales desaparecidos en regiones incluso próximas a causa de su mayor apertura.

Dadas dichas circunstancias, parece oportuno contrastar la visión obtenida de la información arqueológica de áreas próximas mejor documentadas, más los tex-

tos clásicos, la lingüística, la historia de las religiones y de tradiciones etnoarqueológicas con los hallazgos locales que permiten precisar la visión general. Aunque estos elementos puedan dar una información insuficiente, su análisis conjunto permite plantear hipótesis para avanzar en este difícil campo histórico.

La Península Ibérica, situada en el *finis terrae* del mundo conocido en la Antigüedad, ofrece una diversidad geográfica que explica su diversidad étnica y cultural, mayor que ninguna otra área de Europa, siguiendo esta diferenciación cultural un gradiente en sentido Norte-Sur y Este-Oeste, según la lejanía al Mediterráneo y a sus influjos culturales, mientras que la diversidad geográfica acentúa su articulación interna, apenas atenuada por la Meseta Central.

Dentro de este cuadro geográfico, a lo largo del I milenio a.C. se producen complejos procesos de etnogénesis que explican la formación de los diversos pueblos prerromanos que la habitaban en el momento de su enfrentamiento a Roma. Pero dicho proceso coincide con una evolución general hacia formas de vida urbana que culmina con la definitiva incorporación de toda Hispania a la órbita de Roma.

En la Península Ibérica cabe diferenciar tres grandes conjuntos etno-culturales (Almagro-Gorbea — Ruiz Zapatero 1993), que ofrece etapas y procesos diferenciados de formación y de enfrentamiento y asimilación por Roma. Tartesios, turdetanos e iberos ocupaba las zonas meridionales y levantinas abiertas al Mediterráneo y a sus corrientes civilizadoras, siendo los más cultos y civilizados, como acertadamente señaló Estrabón (III,1,6 y 2,1). Por el contrario, las montuosas zonas del Pirineo Occidental, vascones y otros pueblos afines no indoeuropeos, más bien relacionados con el mundo ibero y aquitano, vivían aislados como población marginal, perviviendo de este modo este substrato sin a penas llegar a romanizarse.

Un tercer tronco son los pueblos de estirpe celta o indoeuropea que ocupaban el centro, norte y occidente de la Península, desde el Sistema Ibérico hasta el Atlántico (Almagro-Gorbea — Ruiz Zapatero 1993: 490 s.). Dentro de estas poblaciones, afines a las del Occidente de Europa, cabe diferenciar dos zonas: la “celtibérica” nucleada en torno al Sistema Ibérico y las altas tierras del Este de la Meseta, más abierta a los estímulos del Mediterráneo a través de sus contactos con el mundo ibérico y al mundo celta ultrapirenaico, y las zonas más occidentales y septentrionales, más apartadas, cuyo desarrollo resulta evidente menor, como refieren los autores clásicos, especialmente Estrabón (III,3), dentro de la que cabe incluir a los Lusitanos y, más concretamente, la región de Riba-Coa, cuya Protohistoria debe enmarcarse en el complejo proceso étno-cultural de la Península Ibérica.

Estos pueblos constituyen un campo de estudio de particular atractivo por ofrecer dos características peculiares. Una es su pertenencia al tronco etno-cultural “lusitano”, probablemente relacionado con las poblaciones “celtas” que habitaron gran parte de Europa Occidental, pero de características arcaizantes dentro del complejo mundo que ofrece la Hispania indoeuropea del I milenio a.C. Este último hecho se vería acentuado en Riba-Coa por su aislamiento frente a regiones circundantes, más abiertas a las dos grandes vías de comunicación del Occidente en época prerromana: la “litoral atlántica”, que correría más o menos paralela a la costa desde *Salacia* y *Olisippo* hasta Conímbriga y Braga y la “Vía de la Plata”, que bordeaba las penillanuras de la Meseta Norte y Extremadura hasta desembocar en la Andalucía Occidental (Galán 1993: 28 s.).

La segunda característica es la de ser una tierra de transición entre la orla atlántica portuguesa del Douro y la Beira Litoral al Occidente, habitadas por Lusitanos, y el interior meseteño de Salamanca y Zamora, tierras de Vettones y Astures, y, por otra, entre las regiones meridionales o “lusitanas” y las “galaicas” septentrionales, que podrían considerarse teóricamente separadas por el surco del Duero si se acepta la delimitación de Estrabón (III,3,3), que parece ser bastante acorde con los datos que ofrece la Arqueología y la Lingüística.

Este carácter de tierra de transición explica la aparición, en plena Edad del Bronce de estelas antropomorfas, pues la estela de Longroiva (Almagro 1966: 109) constituye el enlace entre las de tipo atlántico de Chaves (Almeida y Jorge 1980), Faiões (Almeida et al. 1982:107), Bouça (Sanches y Jorge 1987:80) o S. João de Ver (Jorge — Jorge 1987) y las de la zona del Sur de Salamanca (Almagro-Gorbea 1994: f. 1). En el campo metalúrgico, llegan hachas de talón de tipo Monteagudo 35 y, 36C (Monteagudo 1977: l. 140; Senna-Martínez 1995) y cuencos de cerámica de tipo Alpiarça (Vilarça 1995: l. 113 s., 139, 225; Senna-Martínez 1993b; etc.), pues esta forma alcanza la cultura de Soto de Medinilla (Delibes et al. 1995: f. 3,5 y 6), mientras que igualmente la zona de Riba-Coa debe considerarse dentro de la zona de dispersión de los santuarios rupestres y de las saunas, característicos del área lusitano-galaica pero que se extienden igualmente hasta la Meseta (Almagro-Gorbea — Alvarez 1993; *vid. infra*).

A su vez, desde la Meseta llegarían, al inicio del Bronce Final, cerámicas de Cogotas I hasta Bouça do Frade (Baião), Monte do Pedrão (Sto. Tirso), Tapado da Caldeira III y a otros habitats de la zona del Duero (Martins y Jorge 1993: 356), mientras que las estelas de Foios y Baraçal (Curado 1984; id. 1986; Gomes 1995), junto a la de Meimão (Almagro 1966: f. 32), indican que la zona de Riba-Coa es la más septentrional donde aparece este elemento típico del Suroeste y Extremadura (Galán 1993: f. 5). Estas estelas son de tipo IIA (Almagro-Gorbea

1977: 163 s.), con escudo en escotadura entre espada y lanza; la de Baraçal está tallada en relieve, lo que posiblemente indica raíces y contactos con las últimas losas de tipo alemtejana, mientras que la de Fóios ofrece una espada de un solo filo y una escotadura en U que acentúa su personalidad. El mismo límite etno-cultural parecen señalar las cerámicas de retícula bruñida interna (Vilarça 1995: f. 40) y las pintadas de tipo "Carambolo" (id., f. 41), que aparecen inmediatamente al Sur, pero que ya no alcanza la cuenca del Coa, faltando igualmente fibulas y cerámicas de tipo "Medellín" que penetraron desde áreas meridionales siguiendo la Vía de la Plata, como en Ledesma III (Benet 1990; Benet et al. 1991: l. 6).

Respecto a la Meseta, Riba-Coa representa la frontera de las cerámicas de tipo Soto de Medinilla en la transición del Bronce Final al inicio de la Edad del Hierro, cuando, igualmente, constituye una zona exenta de cerámicas a peine, que llegan hasta tierras de Zamora y Salamanca, en la inmediata tegión vettona (Alvarez 1997). Posteriormente, debieron introducirse fibulas de pié elevado y tesoros vacceos de plata, de tipo Arrabalde (Delibes et al. 1995: f. 9), como el de Guiães (Raddatz 1969: l. 93,2) y es en esta zona donde confluyen las representaciones enteras de verracos, propias del mundo vetton, y las de sólo la cabeza, que se extienden por Tras os Montes hasta el Sur de Galicia (Alvarez 1997).

Todos estos elementos, a pesar de la escasa información, atestiguan el carácter fronterizo de la zona de Riba-Coa, tal como parecen confirmar los datos lingüísticos. Desde este punto de vista, Cabeço das Fragoas documenta su inclusión en la zona del "Lusitano" (Tovar 1985). Los antropónimos confirman dicha inclusión y una particular relación con los vettones (Untermann 1965: 19 s.; Albertos 1983). Por ejemplo, *Boutius* o *Camalus* ofrecen dispersión vettona, lusitana y galaico-meridional y otros, como *Pintius-Pintamus*, *Reburus*, *Tanginus* y *Viriatius* alcanzan desde la Lusitania a Asturias. Frente a éstos, nombres como *Ambatus*, *Calaetus*, *Segontius* o *Tritius* (Albertos 1973; id. 1983; Untermann 1969; Abascal 1995, *passim*) se extienden desde la Celtiberia al ámbito vettón, pero ya casi sin penetrar en Lusitania, por lo que parecen relacionarse con la expansión del mundo celtibérico por la Hispania céltica occidental que reflejarían los genitivos de plural (Gonzalez 1986; Almagro-Gorbea 1993: f. 6B).

Para conocer las características etno-culturales de esta comarca es conveniente valorar la interesantísima descripción que Estrabón (III,3) ha legado de los pueblos del Occidente, entre los que engloba a Lusitanos y gentes de las montañas septentrionales, transmitiendo observaciones tomadas en su mayor parte de Posidonios. Sus costumbres resultan tan curiosas que han sido consideradas como tópicos, aunque comienzan a ser comprendidas gracias a una nueva visión basada en los estudios y síntesis arqueológicas de estudiosos portugueses

como da Silva (1986), Martins (1990), Alarcão (1992), Martins y Jorge (1992) y Vilaça (1995).

Las gentes de Riba Coa forman parte del tronco etno-cultural lusitano-galaico, conservado en las regiones occidentales y septentrionales de la Península Ibérica, extendido hasta los suelos silíceos del Occidente de la Meseta y cuyo aislamiento de las corrientes innovadoras procedentes del Mediterráneo explica su menor desarrollo cultural y la pervivencia de formas de vida refractarias al mundo civilizado de la Antigüedad.

Estos pueblos atlánticos pueden considerarse de tipo proto-céltico por su semejanza al posterior mundo céltico, pero con características más arcaicas, a las que deben su gran personalidad (Almagro-Gorbea 1993). La fase esencial de su proceso de etnogénesis debió cristalizar al final de la Edad del Bronce y en la transición a la Edad del Hierro, momento crucial en los circuitos de intercambio atlántico del Bronce Final, especialmente del Noroeste, pues la introducción de nuevos conocimientos y tecnología de origen mediterráneo produjo áreas marginales que quedaron prácticamente aisladas y estancadas hasta la romanización. Por ello, estas zonas conservaron una organización muy primitiva, característica de la Edad del Bronce, lo que acentúa su arcaísmo.

A lo largo de la Edad del Bronce, la perduración de elementos campaniformes hasta avanzado el II milenio y la aparición de armas de bronce y de estelas de jefes "heroizados" características del Occidente peninsular confirman la formación paulatina de una primitiva sociedad de raíces indoeuropeas con guerreros-pastores y producción agraria asociada a la mujer, lo que en ocasiones se ha confundido con restos de matriarcado.

Este substrato socio-cultural es comparable al de otras regiones de la Europa Atlántica de economía básicamente ganadera, como en gran parte de las sociedades europeas del II milenio a.C., especialmente de las zonas atlánticas, lo que favorecería la formación de élites guerreras como consecuencia de la jerarquización que exige la defensa de los ganados y el control de vías y de zonas de pastos.

Su secuencia cultural ha sido discutida por diversos autores (*vid. supra*). Hacia el 1250/1000 a.C., se documentan poblados de "fondos de cabaña" con silos para el almacenamiento de cereal (Jorge 1988), pero la ausencia de estructuras estables hacen sospechar una ocupación discontinua del territorio, como en otras culturas atlánticas de la Edad del Bronce tal vez desde la fase campaniforme. Un hecho similar ofrece la Cultura de Cogotas I en la Meseta, cuyas cerámicas penetran hasta yacimientos como Bouça do Frade (Martins y Jorge 1992). Además, falta información sobre los ritos funerarios, hecho característico de todas las

regiones atlánticas, mientras que se generalizan los depósitos de objetos de bronce en las aguas (Ruiz Gálvez 1995: 25 s.).

A partir del 1000/900-700 a.C. (Martins — Jorge 1992; Almagro-Gorbea 1994: 20 s.; Vilarça 1995), frente a este tipo de hábitat aparecen los primeros “castros”, que suponen un tipo de asentamiento en altura con defensas naturales o artificiales que protegían una pluralidad de viviendas familiares con una organización social escasamente compleja y jerarquizada para controlar su pequeño territorio y las vías de comunicación, ligadas a redes ganaderas y de producción de metal, seguramente en relación con el auge de los intercambios atlánticos y la aparición de objetos de prestigio de tipo guerrero.

La generalización del castro trasluce una ocupación estable y permanente de estos territorios, así como la consiguiente inestabilidad de la sociedad “castreña”, consecuencia del aumento demográfico y de la necesidad de controlar y defender dicho territorio, generalmente reducido a un valle, como consecuencia del predominio de la ganadería y de las consiguientes tensiones por el control de los pastos. Este proceso favorecería una organización social jerarquizada, reforzando la tradición que evidencian las estelas de guerreros. De este modo se comprende la aparición de las “culturas castreñas”, cuyo hábitat característico, al permitir una ocupación permanente, supone la asimilación de nuevos conocimientos tecnológicos como el arado o las leguminosas, junto al cuidado y defensa de pastos y campos de cultivo dentro de una organización comunal de la propiedad.

Este hábitat castreño perduró hasta época romana, como sabemos por las noticias del etnógrafo Posidonios transmitidas por Estrabón (III,3,7). Estos consideraron a dichas poblaciones como las más primitivas de Hispania, pues dicha sociedad corresponde a un substrato “protocéltico” próximo al de Vacceos, Vettones, Lusitanos, Cantabros, Astures y Galaicos. Esta Cultura Castreña del Noroeste (Cardozo 1968; López Cuevillas 1953; Hawkes 1971; Bermejo 1978; Tranoi 1981; Pereira (ed.) 1983; Tovar 1983; da Silva 1986; etc.) puede dividirse en varias fases. Desde los siglos VII al V a.C., prosigue el proceso formativo iniciado en el Bronce Final y se caracteriza por la tendencia a la desaparición de la producción y circulación de objetos de bronce. Posteriormente, se observa hasta el siglo II a.C. una etapa de desarrollo, aún mal conocida, cuya fecha final se discute (Alarçao 1992), pero debe relacionarse con la aparición del poder romano, que supuso un florecimiento económico y el apogeo de la Cultura Castreña, con la introducción de la rueda de alfarero, la generalización del hierro y una mejor organización del territorio con poblados centrales, las *citánias* o *cibdades*, que alcanzan formas proto-urbanas como los *oppida* de la Meseta (Almagro-Gorbea 1994: 41 s.), articulando territorios cada vez más amplios sobre una base étnica, entre los cuales cabe considerar el de Riba-Coa.

La investigación actual sobre estas gentes y su origen todavía no permite interpretar conjuntamente los datos arqueológicos, los lingüísticos y las referencias históricas. La secuencia arqueológica no indica discontinuidad para explicar la indoeuropeización del Occidente de la Península Ibérica por la llegada de gentes procedentes de la Meseta y, todavía menos, de los “Campos de Urnas”, por lo que cabe suponer que se debió realizar sin aportes humanos masivos, explicándose de este modo su escaso reflejo en el registro arqueológico. Por tanto, quizás dicha indoeuropeización deba considerarse de origen muy antiguo y acumulativa, desde un substrato retrotraible, probablemente, al mundo campaniforme, pues en éste se detectan sus primeros indicios de elementos culturales tan característicos de fases posteriores, como las ofrendas de armas a las aguas o las élites guerreras (Almagro-Gorbea 1997: 208) y no parece posible suponer que el Lusitano sea resultado de contactos comerciales del mundo atlántico (Ruiz-Gálvez 1991), pues su asociación a elementos ideológicos y sociales evidencia un auténtico substrato cultural protocéltico profundamente enraizado en la Península Ibérica desde plena Edad del Bronce y común a amplias áreas del mundo atlántico. Por otra parte, las fuentes escritas señalan la similitud entre Galaicos y Lusitanos (Estrabón III,3,3) y la localización de los principales pueblos, pero falta mucho para su correcta caracterización arqueológica y aún más para resolver el problema tan esencial de su origen, tan relacionado con el de saber cuándo y cómo se han indoeuropeizado todas estas regiones atlánticas.

Algunos elementos relacionables con dicho substrato etno-cultural se generalizan en el Bronce Final desde el Atlántico hasta el Sistema Ibérico alcanzando por el SW hasta el Bajo Guadalquivir. Su dispersión permite relacionarlos con otros elementos culturales, ideológicos, rituales y lingüísticos en ocasiones asociados, como los depósitos de armas en las aguas, lo que permite considerarlos reflejo de un mismo sistema cultural (Almagro-Gorbea 1996). Su mayor interés estriba en indicar un substrato cultural polimorfo que se extiende por todo el cuadrante NW. de la Península Ibérica, aunque también se atestiguan con menor intensidad en elementos arcaicos de la zona celtibérica, donde parecen constituir restos de un substrato en vías de desaparición; esta dispersión corresponde a la Hispania Indoeuropea o Céltica, pues sus elementos lingüísticos pertenecen a una lengua indoeuropea de tipo occidental antiguo, el “Lusitano”, relacionable con la lengua celta según algunos autores como Untermann (1987: 67 s.) o Prosdócimi (1989), aunque otros no lo consideren así (Tovar 1960: 112 s.; id. 1985; Schmidt 1985; de Hoz 1983; Gorrochategui 1985; Villar 1991).

En todo caso, dicho substrato cultural puede considerarse “protocelta” por la relación de sus elementos y dispersión con la posterior Cultura Céltica, lo que explica las afinidades entre los pueblos del Centro de la Península, como

Carpetanos y, especialmente, Vacceos y Vettones, con los del Occidente, Lusitanos y Galaicos, y, probablemente, con los Astures, Cántabros e, incluso, Berones y Pelendones, hasta que este substrato se fragmentara en los procesos de etnogénesis de la Edad del Hierro, siendo paulatinamente absorbido al surgir y expandirse a partir del siglo VI a.C. la Cultura Celtibérica, originariamente también englobable en el mismo (Almagro-Gorbea 1993).

Esta hipótesis es la que mejor explica la proximidad cultural, socioeconómica, lingüística e ideológica de los pueblos occidentales hasta la tardía expansión de la Cultura Celtibérica, casi contemporánea a la romanización, que supondría la implantación de una nueva estructura socio-ideológica, el sistema gentilicio clientelar, que explica la expansión de los Celtiberos al ir asimilando dicho substrato. Pero su cronología y arcaísmo no permiten derivarlo de las culturas célticas centroeuropeas de Hallstatt y de La Tène al ser éstas de origen anterior y de desarrollo paralelo. De este modo se explica su aspecto céltico arcaico más próximo al substrato indoeuropeo (Almagro-Gorbea 1993), pues Estrabón (III,3,7) ya consideró estas poblaciones las más primitivas de Hispania, lo que refleja su mayor arcaísmo frente a los Celtiberos, a los que dicho autor consideraba ya civilizados, *togátoi* (Str. III,2,15; 4,20).

Dentro de este esquema paleoetnológico, Riba Coa ocupa el área centro-oriental de los Lusitanos, pues habitaban los abruptos territorios que se extendían desde el borde de la Meseta hasta el Atlántico. Gracias a la famosa inscripción del puente de Alcántara (CIL II,760), es posible precisar la ubicación de los pueblos de esta zona, pues, teóricamente, están enumerados siguiendo una vía romana que seguramente iba desde el Tajo hacia el Duero (Alarcão 1988: 41): *Municipiae Provinciae Lusitaniae stipe conlata quae opus pontis perfecerunt Igaeditani, Lancienses Oppidani, Talori, Interannienses, Colarni, Lancienses Transcudani, Aravi, Meidubrigenses, Arabigensis, Banienses, Paesures*.

Los *Igaeditani* estaban asentados en torno a *Igaeditania-Egitania*, la actual Indanha-la-Velha, desde el Tajo hasta los *termini augustales* de Salvador (CIL II,460) y Peroviseu, al Norte, el río Erges al Este y las sierras de Gardunha y Muradal, al Oeste. A su Occidente (Alarcão 1988: 37) o al Norte (Blanco 1977: 35) quedaban los *Lancienses Oppidani*, cuyo término se extendería a partir de Peroviseu (Fundão) y Salvador (CIL II,460), según indican sendos *termini Augustales* del territorio igaeditano. Los *Talori* o *Tapori*, citados a continuación (Blanco 1977: 35; Alarcão 1988: 37), debían habitar las zonas orientales de la Sierra de la Estrella, comprendiendo, quizás, la Sierra de Gardunha.

Los *Interannienses* serían, según Blanco (1977: 35), quienes ocupaban la zona entre Águeda y Coa, pero Alarcão (1988: 40) considera esta zona, en la que se

ubica la diócesis medieval de Calabria (Castelo Calabre) de adscripción incierta, situando los *Interannienses* más al Occidente, en el interfluvio Paiva y Mondego cruzado por los ríos Vouga y Dão, con las sierras de Lapa y la Estrella como límite Este, las de Montemuro y Leomil, al Norte, las de Gralheira y Caramulo, de donde procede otro *terminus*, al Oeste, y la de la Estrella, al Sur. De la *ciuitas Interamnina*, quizás la actual Viseu, conocemos una curiosa referencia de tres antropónimos, *Aloúkios, Ambatos* y *Kámalos* (Flegón, P. 609; FHA 8: 256), que confirman el carácter mixto de celtas y lusitanos de dicha zona. Los *Colarni* ocupaban las regiones serranas entre Cernacelhe y Trancoso, según Blanco (1977: 35), pero un *terminus augustalis* entre *Coilarni* y *Arabrigenses* encontrado en Goujoim, en el nacimiento del Lamego, parece indicar su ubicación entre el Duero y las sierras de Montemuro, Leomil y Lapa al Sur, límite con los *Interannienses*, y entre los *Paesuri* al Oeste y el río Têdo, al Este (Alarcão 1988: 38).

Los *Lancienses Transcudani* ocuparían la zona occidental del curso alto del Côa (Blanco 1977: 36), pero Alarcão (1988: 41) los sitúa entre las sierras de Malcata, al Sur, y de Marofa, al Norte, ocupando la margen izquierda del río Coa, como parece indicar su nombre, aunque quizás llegaron desde la actual frontera española hasta Trancoso o Guarda, ya en las faldas de la Sierra de la Estrella. Al Oeste del Côa habitaban los *Meidubrigenses*, en torno a Meda, y, al sur de éstos, los *Aravi*, algo más al Oeste, en las llanuras de Marialva, donde ha aparecido un ara de Adriano que menciona la *civitas Aravorum* (CIL II,429) y la Sierra de Ourozinho (Blanco 1977: 35; Alarcão 1988: 43 s.). A su vez, los *Arabrigenses* quedan ubicados por el citado *terminus augustalis* encontrado en Goujoim, que los limita de los *Coilarni* por el Oeste, extendiéndose por la margen meridional del Duero desde el río Têdo, por el Oeste, hasta tal vez el Coa, que pudo ser su frontera Oriental.

Al otro lado del Duero y al Oeste del Sabor, cabe ubicar a los *Banienses*, pues a una *civitas Baniensium* alude una inscripción de Moncorvo (Blanco 1977: 36; Alarcão 1988: 44). Finalmente, los *Paesures* deben identificarse con los *Paesuri* citados por Plinio (N.H. IV,21), según cuyo testimonio quedarían en el territorio interior entre Duero y el Vouga, quizás desde el Duero hasta la sierra de Freita, que sería su límite con los *Colarni*, quedando ya más al Oeste los *Turduli Veteres* (Alarcão 1988: 44).

En lo que respecta a sus formas de vida, estas gentes ofrecían una estructura guerrera muy primitiva de base pastoril, con castros fortificados y pequeños grupos de guerreros dedicados al pillaje, siendo su arma esencial la lanza, limitándose a conflictos de poblados vecinos resueltos por medio de emboscadas y guerrillas, junto al bandolerismo y la rancia en regiones apartadas, quizás reforzadas por tradiciones rituales como el *ver sacrum*, existiendo igualmente lucha de campeones, a

juzgar por espadas como las de Castelo Bom, Guarda (Nunes — Rodríguez 1957) o Vilar Mayor, Sabugal (Coffyn 1985: f. 11,1), de lo que cabe suponer la generalización del combate individual desde el inicio del Bronce Final.

Dicho substrato ofrece elementos de cultura material, ideológicos y lingüísticos relacionables con las escasas referencias de las fuentes escritas (Bermejo 1986) y con testimonios epigráficos, entre los que destaca alguna inscripción lusitana, como la de Cabeço das Fragoas, con teónimos característicos, así como documentos ideológico tan interesantes como los “altares rupestres” y “saunas castreñas”, que confirman la referencia de Estrabón (III,3,6) a los ritos iniciáticos de guerreros característicos de dichas gentes (Almagro-Gorbea — Alvarez 1993).

También a dicho substrato corresponden ritos funerarios que no dejan evidencia arqueológica, lo que constituye otra característica de este substrato ideológico, bien diferente de la cremación de la cultura de los C.U. y de las culturas celtibéricas. Esta costumbre cabría relacionarla con divinidades acuáticas (*vid. infra*) y con las ofrendas de armas a las aguas (Ruiz Gálvez 1995: 25 s.; Almagro-Gorbea 1996), semejantes a las documentadas en otras áreas del mundo atlántico (Bradley — Gordon 1988; Bradley 1990), que se mantuvieron, al menos, hasta época romana (Suetonio, *Galba*, 7,12), ya que el agua era el acceso al *Sid* o Más Allá (Almagro-Gorbea — Gran Aymerich 1991: 219 s.; Green 1992: 223 s.).

Característico de esta organización serían ritos guerreros ancestrales, pues conservarían costumbres como estar organizados en clases de edad y en fratrías guerreras, estructura social que implicaba también una clara diferenciación de roles según sexos. En efecto, sabemos que comían por orden de edad y *timé* o prestigio (Estrabón III,3,7), como los galos (Ateneo 4,152) y los dorios, rito de convivialidad que trasluce la existencia de clases de edad, como en la Grecia doria (MacDowell 1986: 113 s.). Igualmente, los jóvenes en edad militar, la *iuventus*, formaban grupos dedicados a la caza, la rancia y la guerra (Diodoro 5,34,6) en territorios fronterizos o alejados de su poblado, para probar su valor antes de ser admitidos en la sociedad, además de servir para regular el posible excedente demográfico y de permitir el enriquecimiento personal con el botín, generalmente ganado, lo que supone una clara ideología guerrera que explica que Estrabón (III,3,6) comparase su vida a la de los lacedemonios.

Las mujeres se dedicaban al campo y la casa, mientras los hombres se ocupaban de la ganadería y el pillaje, normalmente bajo la dirección de los más audaces, a los que se vinculaban por pactos que serían personales, más que familiares o hereditarios. Su carácter primitivo explica su resistencia a la asimilación al mundo entonces civilizado y su tardía conquista por Roma, sólo lograda con gran dificultad en tiempos de Augusto. Pero en las áreas rurales su cultura aún perduró

hasta muy avanzado el Imperio Romano, habiendo proseguido algunas formas de vida hasta época medieval e, incluso, hasta nuestros días, como evidencia el papel cultural de determinadas peñas, que perduró en el mundo celta hasta época medieval y que queda atestiguado por los citados santuarios o “altares” rupestres, como los de Panoias, Ulaca, etc., documentados por todo el cuadrante NW peninsular (Almagro-Gorbea 1996), pero que se extendieron hasta Axtroki, en Guipúzcoa (Almagro-Gorbea 1974: 87), y Peñalba de Villastar (Marco 1986: 746, lám. 1-4), en el Sistema Ibérico.

Para formar parte de estas fratrías guerreras debían pasar ritos de iniciación, característicos de toda sociedad guerrera. Estrabón (III,3,6) alude, además de a las citadas comidas frugales, comparables a las de las curias de Roma (D.H. 2,23,2), a baños secos de sudor a base de piedras candentes seguidos de inmersión en agua fría y de unciones de grasa, que se han identificado en las “pedras formosas” de Galicia (da Silva 1986: 53 s.; Almagro-Gorbea — Alvarez 1993), lo que evidencia prácticas iniciáticas reales con fuego y vapor del agua, probablemente unidos a la inhalación de estupefacientes para representar el paso al Más Allá, de donde el joven salía “renacido” como guerrero invencible, al igual que Aquiles al ser bañado por Tetis (Dumézil 1977: 575), pues estos baños otorgaban la invulnerabilidad y el *furor*. Tales ritos ofrecen numerosos paralelos, pues se documentan entre pueblos del Norte y del Este de Europa, como los escitas (Herodoto 4,73-75); entre los lacedemonios, como indica su nombre tradicional, *laconicum*, en las termas romanas; en pueblos itálicos, como romanos (Cic., *off.* 1,129; *de orat.* 2,224; Val. Max. 2,1,7; Ambros., *off.* 1,18,79), etruscos (Dumézil 1977: 574) e hirpinos (Virgilio, *Aen.* 11,785-788; Servio, *Ad Aen.* 11,785; Plinio, *N.H.* VII,19), que bailaban sobre brasas (Otto, 1913), tradición quizás idéntica a la conservada en San Pedro Manrique (Soria) de atravesar descalzos las brasas el día de San Juan, así como entre los galos (Sidón Apolinar, *Ep.* 2,9,8-9) y entre los celtas de Irlanda, pues en *La postración de Cúchulainn* (36), este héroe hace hervir el agua tras su combate iniciático.

Apiano (*Iberia* 71), Diodoro (33,21) y Estrabón (3,3,7) refieren que estos guerreros realizaban juegos gimnásticos y combates rituales y que tenían cantos guerreros: “avanzan con movimiento rítmico y cantan peanes cuando atacan a sus enemigos” (Diodoro 5,34), como los lacedemonios (Tucíd. 5,69,2; 5,70), los curetes de Creta, los salios de Roma y Veyes (*Aen.* 7, 723-4), los guerreros de la India védica (Brellich 1962: 34), etc., cánticos generalmente conservados en ritos de iniciación (Jeanmaire 1939; Brellich 1962: 53). Estrabón también transmite que la panoplia de algunos guerreros, anacrónica para su época, estaba formada por una pequeña rodela cóncava sin abrazadera ni asa, corazas de lino, cascos de cuero,

puñal y dardos, haciendo especial referencia a lanzas “con puntas de bronce”, (Estrabón III,3,6: *tinès dè dórati chróntai 'epidoratídes dè chálkeai*), lo que confirma su origen en la Edad del Bronce y su uso tal vez mantenido en ritos iniciáticos, como los *salios* de Roma (Martínez Pinna 1981: 128 s.), pues la lanza sería su arma esencial, como entre griegos dorios (de *dóry*, asta), los lacedemonios (Tirteo, frag. 5,6 y 19,13 W), que sólo cuando ésta se rompía usaban la espada (id. 11,30 y 34; Herod. 7,225,3), los *quirites* romanos (Massa-Pairault, 1986: 31 s.), los *ioiues hostatir* (*iuvenes hastati*) de Gubio (Prosdocimi 1989) o los *gaesati* celtas (de *gaesum*, lanza), lo que explica la frecuencia en Hispania de topónimos y etnónimos relacionados con *Lancia*, como los *Lancienses Oppidani* y *Transcudani*, de las zonas próximas al Coa.

Estas fratrías guerreras (García 1990; Ciprés 1990; Peralta 1990) practicaban una vida de *latrones*, quizás relacionada con sus ritos iniciáticos y costumbres como el *ver sacrum*, propias de sociedades pastoriles-guerreras preurbanas, pues Estrabón (III,3,5) indica como “en la región entre el Tajo y el país de los Artabros habitan unas treinta tribus... la mayor parte de estas tribus han renunciado a vivir de la tierra y se dedican al pillaje, luchando constantemente entre sí y cruzando el Tajo para atacar a pueblos vecinos” y Diodoro (V,34,6) precisa que “los que en edad viril carecen de fortuna y destacan por su fuerza física y valor ... con las armas se reúnen en las montañas y forman ejércitos, recorren Iberia y amontonan riquezas por medio del robo”.

Este tipo de organización guerrera pregentilicia es comparable a las fratrías de otros pueblos indoeuropeos (Benveniste 1969, 1: 222 s.; McCone 1987). En el mundo itálico del Bronce Final, anterior a la organización urbana, se documentan fratrías semejantes cuya tradición pervivió en el campo ritual e iniciático, como los *Hirpi Sorani* umbro-samnitas (Alföldi 1974: 96 s.; 121), los *sodalicios* romanos de los *salii* (Martínez Pinna 1981: 128 s.; Torelli 1990) y *luperci* (Ulf 1982), éstos relacionados con el *flamen Martialis*, cuyo jefe era Rómulo (Dumezil 1977: 148 s.), etc., pues estas costumbres cristalizaron en mitos de fundación, como el de Rómulo y Remo (Virg., *Aen.* 7,678-681), jefes de una banda de estos *latrones* hasta fundar Roma. Guerreros de este tipo eran también los *Harii* germanos, ejército infernal descrito por Tácito (*Germania* 43) que combatían pintados de negro con el poder sobrenatural que les otorgaba *Odhin*, dios del furor guerrero que guiaba un ejército de combatientes del Más Allá en estado de trance que aterrorizaba y paralizaba al enemigo para vencerlo más fácilmente (Höfler 1934: 45 s.; Dumézil 1940: 101; McCone 1987; García 1990: 202). La épica celta también describe bandas de guerreros infernales, como los *sihsluagh*, dependientes de *Lug* y de *Ogmios*, divinidades relacionadas

con el Más Allá o los *fianna* del *Ciclo de Finn*, el más antiguo de la épica irlandesa, de tipo heroico y anterior al referente a la realeza (García 1990: 207 s.).

Estas fratrías o bandas estarían dirigidas por un jefe carismático o *dux* (García 1990: 109 s.), el individuo más poderoso dotado de prestigio y propiedades sobrenaturales, que cabe identificar con los guerreros representados en las estelas, como el mismo *Fionn*, jefe de los *fionna*, héroe de infancia extraordinaria relacionado con el *sidh* o Más Allá, desposado con la Tierra y dotado de fuerzas mágicas. A estos *duces* se unían por la *devotio* (Apian., *Ib.* 71; Livio 25,17,4; Id. 38,21), consagración originaria de este substrato protocéltico, como el lusitano Viriato (García 1990: 238 s.) o los Vettones (Apiano, *Ib.* 56-57, 67-69), siendo su zona de correrías las regiones occidentales, Lusitania, Beturia, Vettonia y Galaecia (Apiano, *Ib.* 56-57, 67-70; Orosio 5,5,12), documentándose hasta plena conquista romana, pues fue la romanización lo que acabó con este género de vida.

Las creencias y ritos de estos pastores-guerreros incluían sacrificios sangrientos. Estrabón (III,3,7) narra que hacían hecatombes y sacrificaban chivos, prisioneros y caballos a una divinidad guerrera que dicho autor identifica con *Ares* y que debe ser la documentada como Marte en la epigrafía romana donde se asocia a divinidades ancestrales como *Cossus*, *Revua*, etc. (Bermejo 1986: 87 s.; García 1990: 325 s.). También por medio de sacrificios de prisioneros practicaban la adivinación (Estrabón III,3,6; Martín Dumiense, *De correct. rust.* 8; Plut., *Quest. Rom.* 88) y, para firmar la paz en *Bletisama*, Ledesma (Livio, per. 48; cf. Hoz 1986: 48), se sacrificaba a un hombre y un caballo.

Muy características de dicho substrato ideológico son algunas divinidades de tipo muy arcaico, como parece evidenciar su carácter bi- o asexuado, que indica una concepción pre-antropomorfa. Están atestiguadas epigráficamente por las regiones occidentales (García 1990: mapa 6) con teónimos como *Bandua* o *Cosu-*, en ocasiones asociados a los santuarios de peñas citados, o al agua, como *Pala* (Villar 1995), *Nabia* (García 1990: 285 s.) o *Reue* (Canto 1996), por el significado infernal de ésta en el mundo indoeuropeo como elemento de paso al Más Allá, lo que puede explicar la tradición de ofrendar armas a ríos y lagos en la Edad del Bronce (*vid. supra*) y mitos como el río del Olvido, el Limia, considerado en la Antigüedad el paso al Infierno (Estrabón III,3,5; Silio Itálico 1,236; Id. 16,476-7; Livio, *Per.* 55; Floro, 1,33,12; Apiano, *Ib.* 74; Plutarco, *Quest. Rom.* 34; Plinio, *N.H.* 4,115; *Pap. Oxyrh.*; etc., cf. García 1986: 75 s.).

Bandua (relacionada con **bhendh-*, >banda, con sentido de unir, ligar), se interpreta como divinidad de la vinculación al jefe de las fratrías por la *devotio*, garantía de su cohesión (García 1990: 109 s.), pero también lo sería de la cohesión social, como indican sus epítetos *Aetobrigus*, *Lanobrigae*, etc. (de Hoz 1986:

40 s.; García 1990: 112 s. y 158) y su iconografía de Fortuna-Tyché en la pátera de *Band(ua) Araugel(ensis)* (Blanco 1959; de Hoz 1986: 39; García 1990: 123 s.). Otro dios guerrero es *Cossus*, asociado en Paços da Ferreira a una peña onfálica, punto axial y augural en las concepciones cósmicas célticas como centro de un *nemeton*, lo que explica su epíteto *Oenaecus*, relacinable con la *oenach* o asamblea sacra y jurídica de los guerreros irlandeses (García 1990: 266), institución documentada en otros pueblos indoeuropeos, como la *Ghilde* de los germanos o la *curia* o **co-wiri-a* itálica. *Navia* o *Nabia* es una divinidad vinculada al agua y al acceso al *sidh* o Más Allá a través de la misma, lo que explica su epíteto *Tôngoe* relacionado con los juramentos (García 1990: 305).

Coronus (de **korios*, **korio-nos*; García 1990: 329), significa “jefe de la curia” (de **co-wiri-a*, en céltico **corios*), la asamblea de hombres-guerreros, por lo que se relacionaría con *Quirinus* (**co-wiri-no-*) y *Herjann*, epíteto de *Odhinn* como “jefe de los ejércitos”, lo que evidencia sus funciones guerreras y de protección de toda la comunidad. *Reve-* ha sido recientemente identificada como una divinidad fluvial (Canto 1996), aunque algunos epítetos, como *Reve Larauco* y *Larauco Deo Maxumo*, evidenciarían su asociación al Júpiter identificado con el culto a los montes. Finalmente, cabe mencionar a *Pala*, relacionada con el hidrónimo *pal-*, que significa el agua del pueblo, elemento esencial de la cosmología indoeuropea, lo que explica su carácter de divinidad indoeuropea ancestral documentada igualmente por *Vispála* en la India (Villar 1995). A *Trebopala*, “el agua del pueblo” alude la famosa inscripción de Cabeço das Fragoas: *oilam Trebopala / inde porcom Laebo / comaiam icona Loim / inna oilam usseam / Trebarune indi taurom / ifadem / / Reue* (Tovar 1985), que cabe interpretar como un ritual relativo al santuario central del castro o *oppidum* del Cabeço das Fragoas, pues esta inscripción está situada en el alto de un interesante yacimiento amurallado que pudiera tener una cueva para ritos iniciáticos (Pires 1995: 92-93), lo que obligaría a compararlo al *oppidum* vettón de Ulaca (Alvarez 1997).

Muy significativa y de gran interés es la primitiva organización socio-económica de las gentes castreñas (da Silva 1986: 267 s.; Almagro-Gorbea 1993), pues la explotación de la tierra sería colectiva, como entre los vacceos (Diod. 5,34,3) y en algunas comunidades tradicionales de la Península Ibérica, pues tal costumbre debe considerarse comparable a las documentadas en Esparta, Argos y Messenia (MacDowell 1986: 89 s.) y en otros pueblos indoeuropeos, como eslavos o germanos, por ser anteriores al desarrollo del sistema de clanes gentilicios y a la extensión de la propiedad familiar. Las mujeres hacían la labor de la casa y del campo (Estrabón III,4,17) y, en consecuencia, entre los Cántabros, las hijas recibían la herencia (la casa y el huerto) y los hombres, la dote (el ganado), por lo

que ellas casaban a sus hermanos, sistema que recuerda el de los Pictos, entre los que también la herencia se transmitía a través de las mujeres y no de los hombres (d'Arbois de Juvainville 1981: 173). Costumbres semejantes pudieron existir entre los Germanos, organizados por clanes y parentelas *gentibus cognatibusque* (César, h.G. 6,22). Este contexto ha sido a veces mal considerado como un matriarcado, pero Justino (44,3,7) lo explica: *feminae res domesticas agrorumque administrant, ipsi armis rapinis serviunt* (las mujeres se ocupan de la tierra y la casa mientras que los hombres se dedicaban a la guerra y las rancias). Esta aguda observación permite reconstruir la división sexual de roles característica de toda sociedad de pastores-guerreros, en la que la actividad varonil sería la ganadería, la caza, la guerra y las rancias de ganado, como ocurría en otras culturas célticas, como la irlandesa de los poemas épicos célticos. Estas costumbres, como las “saunas”, la deposición de armas en las aguas, etc. apunta al citado substrato cultural atlántico.

Dentro de estas tradiciones comunales destaca el ejercicio mancomunado de la ganadería que documentó Costa (1981: 339 s.) por amplias áreas de la Península, siendo más excepcional que se conservara la explotación agrícola comunal, documentada entre Vacceos (Diod. 5,34,3) y en tradiciones comunales conservadas por estas tierras occidentales, por ejemplo en el Campo de Aliste (Zamora), donde los terrenos laborables se trabajaban comunamente, haciendo una *rozada* anual cada 3, 5 o más años según los pueblos y la disponibilidad de terreno (Costa 1983: 147 s.). Los vecinos inscritos en la rozada formaban el *cabildo*, obligados a contribuir con su trabajo y animales de labor, incluidas la viudas, pues las mujeres araban, segaban y pastoreaban como los hombres, lo que puede considerarse característico de este antiguo estrato cultural proto-céltico (Almagro-Gorbea 1993: 141 s.). También en Entreríos, a orillas del Limia, el *concejo* de vecinos ejercía la ganadería en común por el sistema de *vecera* y los campos se “distribuyen en suertes cada año entre las familias, sembrando y recolectando en común, dividiéndose el producto de cada suerte, lo que parece ser continuidad del régimen agrario vacceo” (Costa 1983: 151). Otra institución comunitaria agraria ancestral debe considerarse la *andechea*, extendida desde de Tras os Montes hasta Asturias, Vizcaya y Navarra: el vecindario de la aldea trabajaba junto una parte del año, sucesivamente un día en la tierra de uno y otro en la de otro, cada cual con los medios de que disponía (Costa 1983: 152). De estas tradiciones deben proceder palabras como *oraño* (de un raíz **or-*, arar en IE) o *quiñón*, porción de tierra repartida periódicamente para cultivar de uso vitalicio, así como la costumbre, más generalizada, de la *presura* y el *escalio*, tierra yerma del común puesta en cultivo cuyo disfrute se poseía mientras se sembrara (Costa 1983: 13-26).

Estas tradiciones de explotación comunal con reparto periódico de labran-

tíos y pastos (Costa 1983: 197 s.) se documentan en la zona indoeuropea de la Península Ibérica (Almagro-Gorbea — Ruiz Zapatero (eds.) 1993: 491 s.), lo que apunta a la pervivencia de un sistema de explotación comunitaria ancestral prerromano, pues ya Costa (1983: 206 s.; id. 1981: 57) distinguía “los elementos aportados por el feudalismo medioeval de los anteriores a él”. Además, tales tradiciones de trabajo comunal también se documentan entre los dorios de Esparta, Argos y Messenia (MacDowell 1986: 89 s.), entre Germanos primitivos (César, *b.G.* 6,22,2), en Irlanda (Meitzen 1895: 214 s.), Escocia y Gales (id. 211) e, igualmente, ofrece semejanzas con el *mir* ruso (Costa 1983: 173-174), sistema de propiedad de las tierras puestas en común y distribuidas según la proporción de brazos útiles en sorteos periódicos (d'Arbois de Jubainville 1887), por lo que dichas tradiciones comunales pueden considerarse pervivencias de origen indoeuropeo.

Dichas costumbres comunales, junto a las fratrías de jóvenes guerreros y sus ritos de iniciación, santuarios como los documentados en Cabeço das Fragoas, etc., reflejan un substrato socio-cultural pregentilicio muy arcaico, organizado en clases de edad, que Estrabón (III,3,6 y 7) y otros autores atribuyen a pueblos diferenciados de los célticos o celtíberos, como Lusitanos, Galaicos, Astures y Cántabros.

Este contexto castreño explica la peculiar forma de alusión al *origo* de las gentes del Occidente peninsular, claramente diferenciado del mundo celtibérico como evidencia la teórica frontera que marca una línea de Mérida a Astorga (Untermann 1987), al oriente de la cual aparecen genitivos de plural, considerados como “gentilicios” (Beltrán 1986) o epítetos clánicos (Almagro-Gorbea 1994: 50), mientras que al Occidente, donde se incluye Riba Coa, aparece el signo $\text{}$, cuya interpretación más verosímil es la de *castellum*, aunque también pudiera aludir o equivaler a organizaciones familiares como las *cognationes* o *syngéneia* citadas por Estrabón (III,3,7 y III,4,17.18) y documentadas epigráficamente (da Silva 1986: 267 s.; Pereira 1993; Rodríguez Colmenero 1997: 181 s.), que hacen referencia a grupos de parentesco seguramente de tipo matrilineal.

Estos *castella* deben identificarse con los castros que articulaban la sociedad y su territorio, bien documentados por la Arqueología (Albertos 1975; id. 1988; Pereira 1982; Bouhier 1979; Carballo 1993; Almagro-Gorbea 1994), por lo que a ellos aluden los teónimos de divinidades específicas de los castros y sus gentes, como *Aetobrigus*, *Lanobrigae* o *Band(ua) Araugel(ensis)*, representada como *Fortuna-Tyché*, por lo que debe considerarse una divinidad de toda la colectividad (Blanco 1959; Albertos 1976; de Hoz 1986: 39 s.; García 1990: 112 s., 123 s.).

Dicha distinción onomástica viene a confirmar la diferente organización socio-económica del substrato “proto-celta” conservado en el Occidente penin-

sular respecto a las poblaciones “célticas” o “celtiberizadas” que se extendieron paulatinamente por toda la Hispania indoeuropea desde el Oriente de la Meseta y las altas tierras del Sistema Ibérico (Almagro-Gorbea 1991: 390 s.; Almagro-Gorbea — Lorrio 1987: 115).

Esta relación con el mundo céltico y, al mismo tiempo, el carácter muy antiguo del substrato se confirma en el campo lingüístico. En efecto, dichas costumbres primitivas ofrecen relaciones con el mundo céltico por los paralelos y continuidad ritual e ideológica señalados, como ha señalado García Fernández-Albalat (1990: 236, 339, 403): “...tanto en materia lingüística como en lo tocante a estructuras religiosas, el mundo celta ofrece numerosos puntos de contacto con el área galaico-lusitana...”, pero a pesar de la etimología predominantemente céltica de algunos teónimos identificados, como *Bandua*, *Cosus*, *Navia*, etc., éstos ofrecen un aspecto más arcaico, indicio de su proximidad al fondo ideológico indoeuropeo, como en el caso de *Pala* (Villar 1995).

El mejor testimonio son algunos escasos documentos conservados que evidencian una lengua indoeuropea, actualmente denominada “Lusitano”, de tipo occidental antiguo, bien diferenciado de la lengua celtibérica. Su característica más evidente es que conservan la *P-* inicial y una vocalización en *a*, lo que la diferencia de la lengua celtibérica (Schmidt 1985; Tovar 1985; Gorrochategui 1985; Untermann 1987). Por ello, se ha considerado tanto proto-céltica como céltica (*vid. supra*). Con ella cabe relacionar una serie de palabras que conservan la *P* inicial, tales como el topónimo *páramo* (de Hoz 1963; Hubschmid 1960; Sevilla 1980; Untermann 1987), hidrónimos como *Palantia*, etnónimos como *Paesuri* y antropónimos como *Pintus* o *Pissoracus* (Untermann 1965: 19; Albertos 1966; id. 1983: 867 s.). Esta lengua parece asociarse a los teónimos citados, confirmando la personalidad lingüística del Occidente Peninsular (Albertos 1983; Untermann 1985; García 1990), donde se conservó hasta época romana, ofreciendo una dispersión coincidente con los depósitos de armas en ríos (Ruiz Gálvez 1982; Almagro-Gorbea 1995), pues pudo alcanzar las regiones tartésicas si, como parece, se documenta en la epigrafía del SW (Correa 1988).

Su carácter arcaico y su mayor proximidad al indoeuropeo occidental respecto a las restantes lenguas célticas documentadas plantea si se trata de una lengua céltica, como sostienen algunos lingüistas o de una lengua independiente, como prefieren considerarla otros (*vid. supra*). Pero, a juzgar por su relación con los elementos culturales señalados, más bien parece que procediera de un tronco común, pronto diferenciado, pero relacionado con las restantes lenguas célticas documentadas, pues estos elementos se habrían conservado por las arcaizantes regiones occidentales de la Península Ibérica prácticamente hasta la romanización, al no

haber sido eliminado por la muy posterior expansión de la Cultura Celtibérica.

Esta hipótesis explicaría la perduración en la Meseta de algunos elementos aislados de este substrato, como cultos a las peñas, saunas, topónimos, etnónimos y antropónimos en *P-*, etc., que explican las afinidades de los pueblos del Centro de la Península, incluidos los Celtiberos, Carpetanos, Vacceos, Turmogos, Vettones y Pelendones con los del Occidente, Lusitanos y Galaicos, y, probablemente, con los del Norte, Astures, Cántabros, Berones y Autrigones (Almagro-Gorbea 1993).

Este apartado mundo cultural, de tanto interés, debió comenzar a desaparecer, casi bruscamente, a partir de las campañas de D. Bruto Galaico y la conquista romana, que se fue imponiendo, lenta pero inexorablemente sobre este complejo de culturas y pueblos, muchos aún insuficientemente conocidos.

Por ello, es preciso que la investigación futura determine su evolución cultural y el ritmo y características de la introducción de nuevas técnicas y fórmulas socio-económicas cada vez más complejas, proceso coincidente con su creciente identificación étnica hasta la romanización. Ésta supuso, desde esta perspectiva global, la última consecuencia de la tendencia general hacia formas de vida urbana iniciado más de mil años antes y que culminó, no sin resistencia, con la asimilación de toda Hispania al Imperio Romano.

En conclusión, aunque aún es poco lo que se sabe sobre estas tierras de Riba Coa, resulta evidente su enorme interés como tierra de transición entre la zona atlántica y el interior meseteño, ya que permitirá conocer mejor el cruce y dirección de los estímulos culturales y étnicos que han conformado la Historia peninsular. Creemos que, en consecuencia, esta interesante región es merecedora de una atención preferente y, dentro del magnífico espíritu de colaboración que ha inspirado este "Encuentro sobre el Tratado de Alcañices", quizás fuera oportuno hacer votos para una posible actuación conjunta entre lusos y españoles, sobre un campo tan atrayente como el estudio de nuestra común Protohistoria.

Bibliografía

- Abascal, J.M. 1994. *Los nombres personales de las inscripciones latinas de Hispania*. Murcia.
- Alarcão, J. de, 1988. *O domínio romano em Portugal*. Mira.
- Alarcão, J. de, 1992. A evolução da Cultura Castreja. *Conimbriga* 31: 39-71.
- Albertos, M.L. 1966. *La onomástica personal primitiva de Hispania: Tarraconense y Bética (Acta Salmanticensia 13)*. Salamanca.
- Albertos, M.L. 1973. Lenguas primitivas de la Península Ibérica. *Boletín "Sancho el Sabio"* 17: 69-107.
- Albertos, M.L. 1975. *Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua (Studia Archaeologica 37)*. Valladolid.
- Albertos, M.L. 1976. Perduraciones indígenas en la Galicia romana: los castros, las divinidades y las organizaciones gentilicias en la epigrafía. *Actas del Bimilenario de Lugo*. Lugo: 17 s.
- Albertos, M.L. 1983. Onomastique personnelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine. *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II, 29-2. Berlin: 853-892.
- Albertos, M.L. 1988. Sobre los castella del NO. peninsular. *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, 2. Santiago: 191 s.
- Alföldi, A. 1974. *Die Struktur der vorrömischen Römerstaates*. Heidelberg.
- Almagro, M. 1966. *Las estelas decoradas del Suroeste Peninsular (Bibliotheca Praehistorica Hispana 8)*. Madrid.
- Almagro-Gorbea, M. 1974. Orfebrería del Bronce Final en la Península Ibérica. El Tesoro de Abia de la Obispalía, la orfebrería de Villena y los cuencos de Axtroki. *Trabajos de Prehistoria* 31: 39-100.
- Almagro-Gorbea, M. 1988. Las culturas de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro en Castilla-La Mancha. *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*. Ciudad Real, 1985: 163-180.
- Almagro-Gorbea, M. 1993. Los celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural. *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: 121-173.
- Almagro-Gorbea, M. 1991. I celti dell'Iberia. *I Celti*. Milano-Venezia: 386-407.
- Almagro-Gorbea, M. 1994. Las estelas antropomorfas en la Península Ibérica. Tipología, dispersión, cronología y significado. *La statuaria antropomorfa in Europa dal Neolitico alla Romanizzazione. Atti del Congresso La Spezia-Pontremoli 1988*. La Spezia, 1994: 69-108.

Almagro-Gorbea, M. 1994a. El urbanismo en la Hispania Céltica: castros y oppida en la Península Ibérica. M. Almagro-Gorbea - A.Mª Martín (Eds.). *Castros y oppida de Extremadura*. Madrid: 13-75.

Almagro-Gorbea, M. 1995. Aproximación paleoetnológica a la Celtiberia meridional: Las serranías de Albarracín y Cuenca. *El poblamiento celtibérico (II. Simposio sobre los celtíberos. Daroca, 1991)*. Zaragoza, 1995: 433-446.

Almagro-Gorbea, M. 1996. Sacred places and cults of the Late Bronze Age tradition in Celtic Hispania. *Archäologische Forschungen zum Kult-geschehen in der jüngeren Bronzezeit und frühen Eisenzeit Alteuropas. Regensburg 1993* (1996): 43-79.

Almagro-Gorbea, M. 1997. Guerra y sociedad en la Hispania céltica. *Catálogo de la exposición Historia de la Guerra en España*. Madrid, 1997: 207-221.

Almagro-Gorbea, M. - Alvarez, J. 1993. La "Fragua" de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 1, 1993: 177-253.

Almagro-Gorbea, M. - Gran Aymerich, J. 1991. *El Estanque Monumental de Bibracte (Complutum Extra 1)*. Madrid.

Almagro-Gorbea, M. - Lorrio, A. 1987. La expansión céltica en la Península Ibérica: una aproximación cartográfica. *Simposium sobre los celtíberos. Daroca 1986*: 105-122.

Almagro-Gorbea, M. - Ruiz Zapatero, G. 1993. Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro. Almagro-Gorbea - Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica (Complutum 2-3)*. Madrid: 469-499.

Almeida, C.A.F. de y Jorge, V.O. 1980. A estátua-menir de Faiões (Chaves). *Trabalhos do Grupo de Estudos de Arqueologia Portuguesa* 2. Porto: 17-18.

Alvarez, J. 1997. *Los Vettonos (Tesis Doctoral de la Universidad Complutense)*. Madrid.

d'Arbois de Jubainville, H. 1890. *Recherches sur l'origine de la propriété foncière et les noms de lieux habités en France*. Paris.

d'Arbois de Jubainville, H. 1981. *El ciclo mitológico irlandés y la mitología céltica* (traducción). Barcelona.

Beltrán, F. 1986. Un espejismo histórico. Las "organizaciones gentilicias" hispanas. *I Congreso Peninsular de Historia Antigua*. Santiago de Compostela: 263-269.

Benet, N. et alii 1991. Arqueología en Ledesma, una primera aproximación: La excavación en la Plaza de San Martín. *Del Paleolítico a la Historia*. Salamanca: 117-136.

Bermejo, J.C. 1978. *La sociedad en la Galicia castreña*. Santiago de Compostela.

Bermejo, J.C. (ed.) 1986. *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*. Madrid.

Blanco, A. 1959. Pátera argêntea com representação de uma divindade lusitana. *Revista de Guimarães*, 69: 453-458.

Blanco, A. 1977. *El puente de Alcántara en su contexto histórico*. Madrid.

Blázquez, J.M. 1983. *Primitivas religiones ibéricas. Religiones Prerromanas*. Madrid.

Bouhier, A. 1979. *La Galice. Essai géographique d'analyse et d'interprétation d'un vieux complexe agraire*. La Roche-sur-Yon.

Bradley, R. 1990. *The Passage of Arms: an Archaeological Analysis of Prehistoric Hoards*. Cambridge.

Bradley, R. - Gordon, K. 1988. Human skulls from the river Thames, their dating and significance. *Antiquity* 52: 503-509.

Brellich, A. 1962. *Le iniziazioni*. Roma.

Calo, F. 1993. *A Cultura castrexa*. Vigo.

Canto, A. et al. 1996. El mausoleo del Dintel de los Ríos de Mérida, *Revista Anabaraecus* y el culto de la confluencia. *Madrid Mitteilungen* 38: 247-294.

Carballo, X. 1993. Espacio e povoamento castrexo de galiza. *Concepcións espaciais e estratexias territoriais na historia de Galicia*. Santiago: 55.82.

Cardozo, M. 1968. Os Lusitanos. *Anais portugueses de História* 17.

Ciprés, P. 1990. Sobre la organización militar de los celtíberos: la *iuventus*. *Veleia* 7: 173-187.

Coffyn, A. 1985. *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. Bordeaux.

Correa, J.A. 1988. Estela en escritura tartésica hallada en Alcoforado (Odemira, Baixo Alentejo). *Archivo Español de Arqueología* 61: 197-200.

Costa, J. 1981-3. *Colectivismo agrario en España II* (reed.). Zaragoza.

Curado, F.P. 1984. Uma nova estela do Bronze Final na Beira Alta. *Arqueologia* 9: 81-85.

Curado, F.P. 1986. Mais uma estela do Bronze Final na Beira Alta (Fóios, Sabugal, Guarda). *Arqueologia* 9: 81-85.

Delibes, G. - Romero, F. 1992. El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Almagro-Gorbea - Ruiz Zapatero (Eds.): *Paleoetnología de la Península Ibérica (Complutum 2-3)*. Madrid: 233-258.

Delibes, G. et alii 1993. Tesoros celtibéricos de Padilla de Duero. Romero, F. et alii (Eds.) 1993. *Arqueología Vaccaea. Estudios sobre el mundo prerromano de la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: 397-470.

Dumézil, G. 1977. *La religione romana arcaica*. Milano.

d'Encarnação, J. 1975. *Divinidades indígenas sob o domínio romano em Portugal*. Lisboa.

Fábregas, R. - Ruiz-Gálvez M. 1997. El noroeste de la península Ibérica en el III y IIº Milenios: Propuesta para una síntesis. *Saguntum* 30: 191-216.

- Faust, M. 1979. Tradición lingüística y estructura social: el caso de las gentes. *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*. Tübingen: 435-452.
- García Fernández-Albalat, B. 1990. *Guerra y religión en la Gallaecia y Lusitania*. La Coruña.
- Gomes, M.V. 1995. Estela decorada de Fóios. Estela decorada de Baraçal. *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*. Lisboa: 106-107.
- González, M.^aC. 1986. *Organizaciones suprafamiliares en la Hispania indoeuropea*. (Anejos de Veleia 2). Vitoria.
- Gorrochategui, J. 1987. En torno a la clasificación del Lusitano. *Actas del IV Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*. Vitoria 1985. Vitoria: 77-91.
- Green, M. 1992. *Dictionary of Celtic Myth and Legend*. London.
- Grosse 1924. Lancea. *Paulys Real-Encyclopädie der Klassischen Altertumwissenschaft* 32: 618-619.
- Hawkes, C.I.C. 1971. North-western castros: excavation, archaeology and history. *Actas II Congreso Nacional de Arqueología*. Coimbra: 283 s.
- Höfler, O. 1934. *Kultische Geheimbünde der Germanen 1*. Frankfurt.
- Hubschmid, J. 1960. Toponimia prerromana. *Enciclopedia Lingüística Hispánica I*. Madrid: 447-493.
- Hoz, J. de, 1983. Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la Península Ibérica. Unidad y pluralidad del mundo antiguo. *Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*. Madrid: 351-396.
- Hoz, J. de, 1986. La religión de los pueblos prerromanos de Lusitania. *Primeras Jornadas sobre manifestaciones religiosas en la Lusitania*. Cáceres: 31-49.
- Jeanmarie, H. 1939. *Couroi et Couretes. Essai sur l'éducation spartiate et sur les rites d'adolescence dans l'Antiquité hellénique*. Lille.
- Jorge, S.O. 1988. *O povoado da Bouça do Frade (Baíão) no quadro do Bronze Final do Norte de Portugal (GEAP, Monografias Arqueológicas 2)*. Porto.
- Jorge, V.O. - Jorge, S.O. 1983. Nótula sobre uma nova estátua-menir do Norte de Portugal. *Arqueologia (Porto)* 7: 44-47.
- López Cuevillas, F. 1953. *La civilización céltica en Galicia*. Santiago de Compostela.
- Lorrio, A. 1997. *Los Celtíberos (Complutum Extra 7)*. Madrid.
- MacCone, K.R. 1987. Hund, Wolf und Krieger bei den Indogermanen. W. Meid (Ed.) *Studien zum indogermanischen Wortschatz*. Innsbruck: 101-154.
- MacDowell, D.M. 1986. *Spartan Law*. Edimburgh.
- Marco, F. 1986. El dios céltico Lug y el santuario de Peñalba de Villastar. *Homenaje a A. Beltrán*. Zaragoza: 731-759.

- Martínez Pinna, G. 1981. *Los orígenes del ejército romano*. Tesis doctoral de la Universidad Complutense. Madrid.
- Martins, M. 1990. *O povoamento proto-histórico e a romanização da bacia do curso médio do Cávado (Cadernos de Arqueologia-Monografia 5)*. Braga.
- Martins, M. - Jorge, S.O. 1992. Substrato cultural das etnias pré-romanas do Norte de Portugal. Almagro-Gorbea - Ruiz Zapatero (Eds.) *Paleoetnologia de la Península Ibérica. (Complutum 2-3)*. Madrid: 347-372.
- Massa-Pairault, F.H. 1986. Notes sur le problème du citoyen en armes: cité romaine et cité étrusque. *Guerre et société en Italie aux Ve. et IVe. siècles avant J.-C.* Paris: 29-50.
- Meitzen, A. 1895. *Siedlung und Agrarwesen der Westgermanen und Ostgermanen, der Kelten, Römer, Finnen und Slaven I-IV*. Berlin.
- Monteagudo, L. 1977. *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel (PBF IX, 6)*. München.
- Nunes, J.C. de, - Rodrigues, A.V. 1957. Dos novas espadas del Bronce Final en Portugal. *Zephyrus* 8: 135-145.
- Peralta-Labrador, E. 1991. Confréries guerrières indo-européennes dans l'Espagne ancienne. *Études indo-européennes* 10: 71-123.
- Pereira, G. 1982. Los castella y las comunidades de Gallaecia. *Zephyrus* 34-35: 249 s.
- Pereira, G. (Ed.) 1983. *Estudos de Cultura Castrexa e de Historia Antiga de Galicia*. Universidad de Santiago de Compostela.
- Pereira G. 1993. La nueva placa con la mención de la "cognatio Magilancum". J. Untermann - F.Villar (Eds.) *Lengua y Cultura en la Hispania prerromana. V Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica, Colonia, 1989*. Salamanca: 411-424.
- Pires, C.R. 1995. *Os cabeços das Maias*. Pêga-Guarda.
- Prodocimi, A.L. 1989. *Le religioni degli Italici*. Italia. Milano: 477-547.
- Prodocimi, A. 1989a. La iscrizione gallica de Larzac e la flessione dei temi in -a, -i, -ja. Con un excursus sulla morfologia del Lusitano: acc. **crougin**, dat. **crougeai**. *Römisch-Germanische Forschungen* 94: 190-205.
- Prodocimi, A.L. (e.p): Lessico istituzionale. Le tassonomie nelle Tavole Iguvine. *Komedon Zôntes. II° Convegno Storico-Archeologico Italo-Spagnolo*. S. Giustino Umbro 1991 (en prensa).
- Raddatz, K. 1969. *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel. (Madr. Forsch. 5)*. Berlin.
- Rodríguez Colmenero, A. 1997. *Lucus Augusti, I. El amanecer de una ciudad*. A Coruña.

- Ruiz-Gálvez, M. 1982. Nueva espada dragada en el río Ulla. Armas arrojadas a las aguas. Homenaje a A. García Alén. *El Museo de Pontevedra* 36. Pontevedra.
- Ruiz-Gálvez, M. 1991. Songs of a wayfaring land. *Oxford Journal of Archaeology* 10,3: 277-306.
- Ruiz-Gálvez, M. 1995. Ritos de paso y puntos de paso. *La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo (Complutum Extra 5)*. Madrid.
- Sanches, M. de J. - Jorge, V.O. 1987. A estatua-menhir de Boua (Mirandela). *Arqueologia* (Porto) 16: 78-82.
- Schmidt, K.H. 1985. A Contribution to the identification of Lusitanian. *Actas del III Coloquio sobre Linguas y Culturas Paleohispánicas, Lisboa, 1980*. Salamanca: 319-341.
- Senna-Martínez, J.C. 1993. Apresentação: Trabalhos de Arqueologia na Bacia do Médio e Alto Mondego 1982-1992. *Trabalhos de Arqueologia da EAM* 1: 1-7.
- Senna-Martínez, J.C. 1993b. O Grupo Baiões (Santa Luzia: contribuições para uma tipologia da olaria. *Trabalhos de Arqueologia da EAM* 1: 77-91.
- Senna-Martínez, J.C., 1995. Entre Atlântico e Mediterrâneo: Algumas Reflexões Sobre o Grupo Baiões/Santa Luzia e o Desenvolvimento do Bronce Final Peninsular. *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder*. Lisboa: 118-122.
- Sevilla, M. 1980. *Toponímia de origem indoeuropea em Asturias*. Oviedo.
- Silva, A.C.F. da, 1986. *A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal*. Paços de Ferreira.
- Silva, A.C.F. da, - Gomes, M.V. 1992. *Proto-História de Portugal*. Lisboa.
- Torelli, M. (1990): Riti di pasaggio maschili di Roma arcaica. *Mélanges de l'Ecole Française de Rome*, 102-1: 93-106.
- Tovar, A. 1955. *Cantabria prerromana*. Santander.
- Tovar, A. 1960. Linguas prerromanas indoeuropeas: testimonios antiguos. *Enciclopedia Lingüística Hispana* 1. Madrid: 101-126.
- Tovar, A. 1983. Etnia y lengua en la Galicia Antigua: el problema del celtismo. G. Pereira (Ed.): 247-282.
- Tovar, A. 1985. La inscripción de Cabezo das Fraguas y la lengua de los lusitanos. *Actas del III Coloquio sobre Linguas y Culturas Paleohispánicas, Lisboa, 1980*. Salamanca: 227-253.
- Tranoy, A. 1981. *La Galice romaine. Recherches sur le Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité*. Paris.
- Ulf, Chr. 1982. *Das römische Lupercalienfest*. Darmstadt.
- Untermann, J. 1965. Elementos de un atlas antroponímico de la Península Ibérica (*Bibliotheca Praehistorica Hispana* 7). Madrid.
- Untermann, J. 1985. Los teónimos de la región lusitano-gallega. *Actas del III*

- Coloquio sobre Linguas y Culturas Paleohispánicas, Lisboa 1980*. Salamanca: 343-363.
- Untermann, J. 1987. Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch. *Actas del IV Coloquio sobre Linguas y Culturas Paleohispánicas, Vitoria 1985*: 57-76.
- Vilarça, R. 1995. *Aspectos do Povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) nos Finais da Idade do Bronze*. Lisboa.
- Villar, F. 1991. Los indoeuropeos y los orígenes de Europa. *Lenguaje e Historia*. Madrid.
- Villar, F. 1995. Un elemento de la religiosidad indoeuropea: Trebarune, Toudopalandaigae, Trebopala, Pales, Vispála. *Kalathos* 13-14: 355-388.